

Tres días después, Cristo se levantó de la tumba, dejándola vacía; había roto las ligaduras de la muerte y salido triunfante del sepulcro, completando de ese modo la Expiación perfecta.



ARRIBA. A LA IZQUIERDA: EL VIVIENTE. POR SIMON DEWEY, ABAJO. A LA IZQUIERDA: JESÚS LE DIO: ¡MARÍA! POR WILLIAM WHITAKER, CORTESÍA DEL MUSEO DE HISTORIA DE LA IGLESIA; DERECHA: LA APARICIÓN DE CRISTO A MARÍA MAGDALENA, (WOLU ME TANGERE) POR ALEXANDER IVANOVITSE RUSSIAN MUSEUM, SAN PETERSBURGO, RUSIA; CALVART RESOURCE, INC.



En la tumba vacía, el Cristo resucitado se apareció a María Magdalena y le preguntó: "... ¿por qué lloras?... Ella, pensando que era el hortelano... [se volvió y] le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)" (Juan 20:15–16).

Entonces, Jesús dijo a María: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre" (Juan 20:17).



Por tanto, la Creación es autora de la Caída; mediante la Caída vinieron la mortalidad y la muerte; y por Cristo vinieron la inmortalidad y la vida eterna.

Si no se hubiera llevado a cabo la caída de Adán, la cual trajo consigo la muerte, no hubiera sucedido la expiación de Cristo, mediante la cual se obtiene la vida.

Y ahora, en lo que concierne a esta Expiación perfecta, realizada mediante el derramamiento de la sangre de Dios, testifico que tuvo lugar en Getsemaní y en Gólgota. Y con respecto a Jesucristo, testifico que es el Hijo del Dios viviente y que fue crucificado por los pecados del mundo. Él es nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Rey. Esto lo sé por mí mismo, independiente de cualquier otra persona.

Soy uno de Sus testigos, y en un día cercano palparé las marcas de los clavos en Sus manos y en Sus pies y bañaré Sus pies con mis lágrimas.

Pero en ese momento mi conocimiento no será más firme de lo que actualmente es, de que Él es el Hijo Todopoderoso de Dios, que es nuestro Salvador y Redentor, y que la salvación se logra por Su sangre expiatoria y mediante ella, y por ningún otro medio.

Dios permita que todos andemos en la luz, tal como Dios nuestro Padre está en la luz, a fin de que, de acuerdo con las promesas, la sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpie de todo pecado. ■

Tomado del discurso "El poder purificador de Getsemaní", Liahona, julio de 1985, págs. 9–11. La puntuación y el uso de las mayúsculas se han actualizado.

Este fue el último testimonio apostólico del élder McConkie en esta vida; falleció dos semanas después.